

Héroes troyanos y griegos en la "Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia" (Burgos, 1547)

Lilia E. F. de Orduna

Universidad de Buenos Aires

Esta comunicación tiene por finalidad, según indica el título, explicar el tratamiento especial que de los héroes legendarios muestra *Belianís de Grecia*. Pero, al mismo tiempo, creemos de interés ofrecer el material textual correspondiente dada la difícil consulta de la obra conservada en la frecuentemente considerada *princeps* (1547) y en pocos ejemplares de las ediciones siguientes, todas del siglo XVI (1564, 1580, 1587).

En este libro de caballerías, cuyo autor, Jerónimo Fernández, hizo imprimir en Burgos en 1547, después de una serie de aventuras típicas del género, en el capítulo 63 del Primer Libro se cuenta "lo que auino a los dos hermanos don Lucidaner de Tesalia y don Clarineo de España y cómo aportaron a la ciudad de Troya."¹ Estos "dos hermanos" son, a su vez, hermanos de don Belianís, protagonista – como es sabido – de la obra en cuestión. El anuncio de una situación caballeresca con intervención de personajes de la literatura clásica ocurre hacia el final de Primer Libro, si recordamos que, incluido el capítulo "último", según se lo califica, reúne 68 capítulos. Es en el c. 63, pues, cuando el escritor hace un sesgo en su narración para comenzar a trabajar los hilos conductores de la trama que ha de desarrollar en el Segundo Libro fundamentalmente y que justifica la promesa del título: "Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia, hijo del emperador don Belanio de Grecia. En el qual se cuentan las notables y valientes auenturas que acabó con los amores que tuuo con la princesa Florisbella, hija del soldán de Babilonia y cómo fue hallada y descubierta la infanta Policena, hija del rey Priamo de Troya" (el subrayado es nuestro).

Policena, junto a su enamorado Lucidaner, ha de constituir tema paralelo al representado por Belianís y Florisbella, pero además presenta dos peculiaridades. En primer lugar, por tratarse de la desdichada hija de Hécuba y Príamo – cuyas angustias, las crónicas y el romancero muy particularmente, se habían encargado de difundir –, el autor tenía a su disposición, para poner en movimiento, toda la materia troyana. En segundo lugar, la historia personal de Policena continúa y tendrá un tratamiento especial al enlazarse con la de los personajes de este libro de caballerías castellano del Quinientos. En otra ocasión, para los *Studia in honorem Martí de Riquer*, nos hemos referido largamente a la princesa troyana tantas veces recreada en la literatura española y nos preguntábamos entonces qué elementos diversos y dispersos habría en el bagaje cultural de Jerónimo Fernández: ¿habría leído traducciones del *Roman de Troie* (h. 1160), aquel "libro fertilizante, preludeo y fuerza impulsora de toda una nueva escuela de poesía y de imaginación", según lo conceptuaba Highet², o versiones de la *Historia Destructionis Troiae* (fin s. XIII) de Guido de Columnis, obra más de un

siglo posterior a la de Benoît de Sainte-Maure y también de gran influencia? ¿Pudo conocer la *Historia Troyana*, las *Sumas Troyanas* de Leomarte, la *Crónica Troyana*, acaso? Qué habría leído realmente el abogado burgalés residente en Madrid del que sólo sabemos nombre, profesión, lugar de origen y de residencia [...] Datos son éstos demasiado exigüos para conjeturas verosímiles. Sin embargo, en cuanto a la recreación de Policena, nos atrevíamos a asegurar que hay un influjo evidente y es el del romancero. Mas, no es sólo ella quien surge del mundo clásico y es retomado por la imaginación del autor castellano del siglo XVI.

Varias figuras del ámbito greco-troyano "resucitan" por artes no mágicas sino literarias y viven extrañas aventuras que no hubiera podido sospechar el quizá también legendario Homero, pero lo curioso es la función que tienen en la urdimbre del libro de caballerías que fuera favorito del Emperador Carlos V. Nos detendremos en esta circunstancia en dos personajes clásicos que desempeñan papel relevante en una de las largas secuencias del discurso novelístico: Héctor y Aquiles.

Héctor. Cuando Belianís mantiene batalla con los hermanos Furiandro y Atandro defendiendo a la duquesa de Ysperia (L. II, cap. XVII), se describe previamente el escenario donde ha de desarrollarse:

"pues entrando en el campo [...] comenzó a mirarle pareciéndole la cosa más hermosa que hasta entonces viera la hechura e riqueza del palenque [...] estaua cercado de muy gruesos mármoles de fina plata, esmaltados por ellos muchos y estraños acaescimientos que en aquel campo auían sucedido. Encima de cada mármol estaua vn bulto de cauallero armado hecho de muy fino oro, en la mano tenía las armas con que la batalla venciera, cada vna de su manera; en medio de los pechos tenía cada vno dellos vnas letras hechas de muy finas piedras y perlas, las quales demostrauan todo el successo y acaescimiento de las batallas; de vn mármol a otro estaua tomado con gruesas cadenas de la misma plata".³

La descripción prosigue y aparecen nuevas connotaciones con la incorporación a la narración de un personaje más de la épica homérica:

"En medio del campo estaua vn bulto de vn cauallero armado de ricas y resplandecientes armas, a guisa de cauallero que quería hazer batalla, tenía en la mano vna muy gruessa lança con vn claro y agudo hierro que de más de dos palmos passaua; en el escudo tenía pintado el mundo assí con vna pequeña cadena atada a los pies de vn cauallero, el qual le tenía encima puesto el pie con vnas letras que dezían: *Flor de la cauallería presente y passada, Héctor, hijo de Priamo*. A par dél estaua vna gruessa coluna de muy fino cristal y en ella vnas letras escritas en lengua rosiana, que assí dezían: "La figura del más valeroso cauallero Héctor estará de la forma presente para gloria del gran rey de Tartaria, su verdadero sucesor, hasta tanto que por el ver-

dadero descendiente de su matador sea vencido y sobrado en yqual batalla, trayendo la más verdadera deusa de sus armas". Muy despacio començó a leer estas letras el príncipe don Belianís, del todo olvidado de la batalla que auía de hazer, pareciendo que assí conforme al linage donde él venía como a la deusa de sus armas, con él las palabras del padrón hablassen".⁴

Se realiza el combate, Belianís queda aprisionado bajo su caballo y ya se supone que será derrotado irremediabilmente:

"Pues a esta ora, la estatua que vos diximos de Héctor que en medio de la plaça estaua, se començó a mouer haziendo muy grandes muestras de plazer, bibrando la lança que en la mano tenía, de suerte que los dos estremos hazía juntar dexando a toda la gente que en el campo estaua tan admirados de tal successo quanto llenos de pesar de ver aquel cauallero puesto en tan gran peligro".⁵

Sin embargo, Belianís logra mejorar su situación y comienza a dominar a sus adversarios y en ese instante cuando acaece el prodigio:

"La estatua que vos diximos, mouiéndose más de veynte passos hazía do la batalla se hazía, con vna diabólica furia semejante a la de aquél por quien hera regida, le arrojó la temerosa lança que en la mano tenía, que acertando en soslayo, rompiéndole toda la parte que del arnés por entre el brazo topó, auéndole hecho vna pequeña herida en el lado, la lança passó con tanta furia que mucho más de la meytad de ella fue por el suelo hincada, quedando retemblando él hasta por de fuera por tanto espacio hasta que la batalla fue fenescida. La diabólica estatua se tornó a su lugar como antes estaua, dexando toda la gente eleuada de tal acaescimiento y de las marauillas que en aquella batalla vian".⁶

Esta actitud del príncipe troyano es considerada indigna por el protagonista, que le expresa su repudio

"Y antes quel príncipe don Belianís saliesse del campo se llegó adonde la figura del esforçado Héctor estaua y como si biuo estuuiera, le dixo: – Cierto, esforçado cauallero, mal conforma lo que aquí auéys hecho con las estremadas hazañas que de vos se cuentan".⁷

El reproche es muy justo si se tiene en cuenta que Jerónimo Fernández sigue la vieja tradición que exaltaba las virtudes troyanas y griegas: en *Amadís de Gaula* – por elegir un solo ejemplo y del mismo género – se nombra en el Prólogo a "aquel fuerte Héctor", "famoso Achilles", "esforçado Troylos", "valiente Ajaz".⁸ Y en el Prólogo al

Primer Libro de *Belianís de Grecia*, leemos: "quién hiziera a los valerosos romanos tan pujantes de corazón, tan atreuidos en la moral philosophía, si no tuvieran ante los ojos los troyanos de quien en las armas y linaje se tenían por sucessores, con aquellas lumbreras de cauallería, Héctor, Troylos, Paris y Deyfebo". Mencionar a los héroes griegos y troyanos era además un modo estereotipado de enfatizar el valor de los personajes, así en *Amadís de Gaula*: "hizo tales cosas en armas, quales nunca Héctor ni Achilles hazer pudieron".⁹

Recordemos al pasar, lo ya sabido: para ganar alcurnia, distintas casas nobles pretendieron descender de dioses y héroes mitológicos. Por ejemplo, Hércules aparecía como antecesor de la casa de Borgoña; Jasón, en compañía de Gedeón (survido de la Biblia, no del mundo clásico) fue puesto por Felipe el Bueno como protector al fundar en 1430 la Orden del Toison d'Or; los Borgia llegaron a considerarse descendientes de Isis, de Osiris [...] Jean Seznec, como también se sabe, se ocupó de esta interesantísima "survivance des dieux antiques",¹⁰ "piénsese ahora – reflexiona – en la extraordinaria fortuna de la leyenda de Troya en la Edad Media; esa fortuna no se debe exclusivamente al interés del relato novelesco: en el *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure, hay "una especie de substratum mítico" en el que el oyente medieval recupera más o menos conscientemente "una parte de su genealogía moral".¹¹ Seznec no advierte ruptura ninguna entre la Edad Media y el Renacimiento, en este sentido, y declara que "las mismas razones que han protegido a los dioses continúan asegurando su supervivencia"¹² y así se incluyen en las crónicas de los siglos XV y XVI y, como vemos, también en los libros de caballerías castellanos, concretamente en *Belianís de Grecia* y no es ejemplo único. La leyenda troyana, pues, era una verdadera cantera que hasta posibilitaba un mejor "status".

En el capítulo 47 del Segundo Libro de *BdG* se narra una de las aventuras más importantes de la obra, allí aparecen reunidos distintos personajes míticos. Irrumpe, de pronto, una tienda

"que toda de fino christal parecía, encima della venía vna fuente, que toda parecía manar sangre, quedando en vn muy claro vaso que del mismo christal se mostraua [...] Venía encima della sobre vn pequeño chapitel, vn cauallero sentado, cuyo rostro por la linda infanta Policena fue conocido ser de aquel tan cruel y endiablado cauallero Pirro, que por su matador hera tenido y traya abiertos los pechos con vna daga, por cuya herida parecía salir la sangre que en la fuente daua; en la tienda venían quatro caualleros armados de vnas muy ricas armas negras sin ninguna otra pintura, con vnas señas de luto, de lo qual dentro de la tienda parecía vn teatro estar cubierto y encima dél vna muy linda donzella de la figura de la linda Policena degollada, debaxo de la qual se mostraua vn sepulcro obrado de muy marauillosa manera, por él estaua atrauesada vna espada, que del vn cauo al otro tomaua, dentro de la qual vnas bozes muy espantables y dolorosas de rato en rato se oyan, como de cauallero que se quexaua. A su lado, encima del mismo sepulcro venían la diosa Venus, con vna

muy rica mançana en la mano, y por la otra, a su hijo Cupido, los ojos destapados y mostráuase de la otra, vn muy valiente y esforçado cauallero que, por vn as letras que en el escudo traya, se mostraua ser el troyano Paris con vn arco en la mano, que mostraua auer hincado vna saeta dentro del mismo sepulcro."¹³

Los asistentes a tan extraordinaria aventura han de enterarse que allí, en el túmulo, yace Aquiles encantado en el momento en que Paris lo hiriera. Y sabrán también que el hechizo concluirá "por la mano de aquella que fue la más verdadera causa de su muerte" y que los auténticos descendientes de la casa de Grecia deberán librar batalla y entre ellos se contará Aquiles, ya desencantado. La complejidad de la trama alcanza aquí su punto máximo, por varias razones: en la ficticia realidad de este libro de caballerías, ni Aquiles primero ni Policena después fueron asesinados. Paris creyó haber muerto al príncipe aqueo pero por obra de magia, éste resultó hundido en un sueño del que ahora está por despertar. Por su parte, Policena había confesado a Lucidaner su verdad:

"sabréys que al tiempo que esta ciudad [Troya] fue abrasada, la Reyna Ecuua, mi madre, y yo quedamos escondidas y como los griegos se partieron, Andrómaca, muger que fue de mi hermano, sauiedo que los griegos sin mi muerte no podrían boluer a sus tierras y que auían de boluer por me matar, me encantó en vna cueba [...] y con mi madre dexó vna donzella, en la qual mudó mi propia figura y forma, de suerte que boluendo el cruel y desapiadado rey Pirro, pensando que a mí mataua, sobre el sepulcro de su padre mató aquella donzella, donde se boluieron a sus tierras y yo quedé en este encantamiento."¹⁴

Además, en este momento de la narración, hay un desdoblamiento de Policena, 'figura'-'personaje' que sorprende a los que asisten atónitos al inesperado espectáculo, "viendo claramente que la donzella que dentro en la tienda parecía degollada, tenía la misma figura de Policena".¹⁵ Policena se ha convertido, pues, en protagonista y espectadora, situación que quizá Jerónimo Fernández quiso insinuar o anticipar al empezar la descripción de la tienda con aquello de "con vn as señas de luto de lo qual dentro de la tienda parecía vn teatro estar cubierto", que leímos antes. La peripecia se complica aún más con la intervención del príncipe Mitridano que se enamora de la hija de Priamo, su compatriota, y a quien recuerda que los griegos son sempiternos enemigos de los troyanos y que, seguramente, han de vencerlos como otrora

"con tanta crueldad remataron vuestros más queridos padres, aquellos tan soberanos príncipes, vuestros hermanos. Acordaos, por los altos dioses, de vuestros passados males, tantos años de encantamiento."

to, tantas destrucciones y robos, quemas e incendios, como por estos hambrientos lobos de la troyana gente an sido causadas".¹⁶

De este modo, el escritor renacentista da nuevo cauce a la ficción legendaria e involucra a sus personajes "reales", a los de *Belianís de Grecia*, en la trama del encantamiento de Aquiles y Policena. Los príncipes, don Belianís y sus hermanos, descendientes de aquella estirpe heroica, lograrán el triunfo necesario para acabar el hechizo: los caballeros de la tienda han de desvanecerse, y los encantados recobran su libertad y rango. La aventura, no obstante, no puede terminar y el autor mantiene en alto los hilos del suspenso; el enamorado de Policena, don Lucidaner, al ver la figura de la joven degollada, pareciéndole la "real", cae al suelo, situación aprovechada por Paris para herirlo con terrible flecha. La verdadera Policena

"arreatando con furiosa presteza la saeta, que por el sepulchro metida estaua, se quiso dar con ella por los pechos, diziendo: – ¡Ay, mundo vario, quién jamás pensara que la desdichada Policena se sacrificara por su voluntad a la muerte por ningún príncipe griego, siendo librada de poderlo hazer contra ella!"¹⁷

Sin embargo, en el código del libro de caballerías, tal desenlace es imposible, por ello el suicidio de Policena se desbarata y Desseo corta la cabeza a Pirro por haber manifestado tanta crueldad contra 'la linda Policena' y así finaliza el encantamiento de Aquiles, de quien nos ocuparemos de inmediato. Los combates han de sucederse hasta llegar a la definitiva derrota de los troyanos y, naturalmente, sólo Héctor puede ser el digno rival de Belianís. El autor enfatiza su presencia en medio de sus pares, Menón, Troylo, Vepón y Deyfebo, todos ellos con divisas, pinturas y bordados alusivos a "la mayor parte de lo que en Troya passara", esencialmente en torno a Policena y al rapto de Elena:

"El troyano Ector traya en el escudo el campo colorado y en él pintada la Fama, venía sobre vn caualllo ruano, tan furioso que la tierra que pisaua hazía temblar, con las cubiertas de muy fina plata, entrepuestas por ellas gran abundancia de perlas de inestimable valor; el escudo le traya el gran tártaro y el yelmo, el príncipe Ariobarzano; la lança, el emperador de Trapisonda, que vn claro y agudo hierro tenía, de largor de dos palmos, tan relumbrante como vn muy acerado espejo; el rostro tenía hermoso, saluo que tenía por él algunos oyo que no dándole punto de fealdad, mostrauan el robusto ánimo suyo que jamás se causaua de pelear; tenía los cabellos negros y en la frente, en lo más alto della, le hazían vn pequeño remolino. Encima del caualllo, hera hermosa cosa de mirar, que siendo llegados los vnos a vista de los otros, apretando las piernas a su furioso caualllo, le hizo dar vna buelta en torno, con tanta belocidad que no pareció auerse mudado, haziéndole hincar las manos en tie-

rra, parecía que al cauallo, reconociendo al que le gobernaua, le causaua temor, todos estauan ocupados en su vista".¹⁸

Aun el príncipe enemigo se inclina ante su prestigio, y así inquiera Belianís:

"Quál es aquel tan esforçado [...] que en possession del tan nombrado y venturoso cauallero Ector es tenido [...] porque quería auenturar el poco valor de mi persona con el mucho de la suya, para que muriendo en esta batalla, el nombre de mi fama quedasse para siempre".¹⁹

Se realiza, pues, el cruel enfrentamiento:

"el príncipe Ector y don Belianís se encontraron por medio de los escudos, que ellos y los arneses fueron falsados, las lanças llegaron a las carnes, donde fueron heridos, no bastando la fuerça de ninguno para que juntamente con los caualllos no viniessen al suelo".²⁰

Lógicamente, "la batalla fue tan braua y áspera qual jamás hasta aquellos tiempos fue oyda ni vista"²¹ y, por supuesto, el autor utiliza todos los tópicos de estilo para encarecer su importancia, entre los que se destaca aquél, tan usado: "no basta mi pluma a poderla contar", etc. Llegados a un punto en que todos se mezclan y atacan y hieren despiadadamente y los cuatro troyanos famosos (Vepón-Troylo-Menón-Deyfebo) luchan con el emperador Belanio-Clarineo-Lucidaner y el hijo de Peleo, ya desencantado, en medio de la furia del combate, ya muerto Troylo, sobreviene el final aguardado

vinieron al suelo, donde dexadas las espadas, el esforçado príncipe don Belianís, que su daga perdiera en la temerosa lucha pasada, quitó la suya al troyano príncipe, con la qual le dio tres mortales golpes por baxo la falda de la loriga, tales que de ninguno dellos biuir era posible. Mas Ector, que su muerte vio, le apretó con tanta fuerça que le hazía desfallecer hasta tanto que, faltándole los vitales espíritus quedó tenido muerto aquél cuyo nombre a todos los nascidos ponía temor".²²

Y así desaparece la estatua que representaba a Héctor y termina el encantamiento padecido por la sabia Belonia, protectora de Belianís. No sólo, pues, hay enlace de encantamientos sino varios dentro de otros, la "figura" de Policena degollada, la "figura" de Héctor, estatua con su lanza en movimiento, Aquiles dormido en su sepulcro [...], cada uno de esos hechizos irá terminando por obra de Belianís y sus hermanos, pero, al mismo tiempo, cada una de esas aventuras irá llevando al lector y a las criaturas de ficción al desencantamiento máximo: el de Belonia, la Urganda creada por Jerónimo Fernández. Esto pasa en el capítulo 52 del Segundo Libro mas constituye, en verdad,

la culminación de las aventuras preanunciadas mucho antes, en el capítulo 13 del mismo Libro. En aquella ocasión, Belianís había contemplado a Belonia en horrible tormento y le había sido dicho que ello continuaría hasta tanto aquel "valiente y poderoso cauallero Ector" fuera derrotado por el legítimo heredero de la casa de Grecia. Este es el momento que final y venturosamente ha arribado, los troyanos sobrevivientes, entonces, se embarcarán rumbo a Troya, nuevamente reedificada, según había contado Policena en su presentación a don Lucidaner, en doloroso racconto.

Aquiles. En la peripecia que hemos ahondado, se ha visto cómo Aquiles ocupa lugar importante: protagonista de un acto mágico primero, ha de convertirse después en aliado fiel de Belianís y los suyos. Desde su presentación, al despertar del "graue sueño", el autor le confiere dignidad mediante la descripción de su rica armadura

"el príncipe Achilles armado de vnas armas indias, bordadas de infinita perlería, con vnos relumbrantes penachos poblados de la misma pedrería; tenía encima de las armas vna ropa de brocado verde poblada de la misma pedrería, tan abierta por todas partes que se mostrauan las armas ser de la color que vos dezimos; el escudo era de vn muy lindo azero, en medio tenía figurados dos campos, el vno, verde y en medio dél, la Esperança y el otro, pardo y en él, los grandes trabajos por que en su tiempo passara, con vna letra que dezía: "La Esperança y el Trabajo/son galardones de Amor/do no se alcança fauor".²³

En ese despertar, ante Policena, a quien su corazón no ha olvidado, pese al letargo, Aquiles se sorprende y su asombro aumenta pareciéndole "cosa de sueño que aquellos caualleros [Pirro, Paris] auiendo tanto tiempo que eran muertos, tornassen agora a hazer batalla". Policena se encarga de explicar la situación: los dioses les han conservado la vida para que pudieran purgar sus grandes culpas pues muchos buenos caballeros murieron por causa de ambos, y por eso los mantuvieron encantados. Interesa advertir que Aquiles no sólo "revive", como la estatua de Héctor adquiriera movimiento, sino que se integra en el grupo de los griegos descendientes, duerme en aposentos próximos a los hijos del emperador, camina por el real, interviene en duelos en apoyo de sus amigos; finalmente, muerto en el combate con Troylo, recibirá la "sepoltura conueniente al gran merescimiento suyo". En suma, un personaje de la leyenda greco-troyana se convierte en un personaje más del libro impreso en 1547, tal como ocurre con Policena.²⁴

Creemos que son justamente estos seres provenientes de la materia clásica quienes tienen una función especialísima en el *Belianís de Grecia*: Policena, Héctor y Aquiles, sobre todo, junto a otros de menor relevancia aquí, como Troylo, Paris o Pirro, son los que, además de contribuir a enriquecer la urdimbre, otorgan a la obra su enigmática atemporalidad.

NOTAS

- 1 Las citas se hacen por nuestra edición crítica (Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1984), texto que sigue la *princeps* (Madrid, Bca. Nacional, R-i-113) e incluye las variantes de las tres ediciones posteriores (Estella, 1564; Zaragoza, 1580; Burgos, 1587). Se han conservado las vacilaciones gráficas y nos pertenecen mayúsculas, acentuación y puntuación (p. 299).
- 2 V. Gilbert Highet, *La tradición clásica*, Vol. 1, p. 92, México: FCE, 1954.
- 3 *Op. cit.*, p. 444.
- 4 *Op. cit.*, pp. 444-445.
- 5 *Op. cit.*, p. 447.
- 6 *Op. cit.*, p. 449.
- 7 *Op. cit.*, p. 450.
- 8 V. *Amadís de Gaula*. Edición y anotación por E. Plaze, vol. 1, p. 8, Madrid: CSIC, 1959-1969.
- 9 V. *Amadís de Gaula*, *op. cit.* I, p. 292. Lo mismo ocurre, por otra parte, en la confrontación de las bellezas femeninas con sus pares del Olimpo: "la sobre todas hermosa Florisbella con tanta apostura que a la diosa Venus tornara fea", se nos dice de la amada de Belianís (v. *op. cit.*, p. 292). Todavía en *El caballero del Febo* hay un caso curioso de permanencia de nombres "Y ésta es la duquesa de Austria, llamada Policena, porque su hermosura dizen ser igual a la hija de Priamo" (v. Ortúñez de Calahorra, Diego, *Espejo de príncipes y caballeros. El Caballero del Febo*. Edición, Introducción y Notas de Daniel Eisenberg, Vol. 6, p. 185, Madrid: Espasa-Calpe, 1975).
- 10 V. Jean Seznec, *Los dioses de la antigüedad, en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Taurus, 1983, "Una de estas fábulas – particularmente vivaz – es famosa entre todas: la que hace descender a los Francos del Troyano Francus, al modo como los Romanos descendían del Troyano Eneas. Se trata de una invención de los clérigos de la época merovingia; pero hay que evitar el ver en ella una simple manía de eruditos. Esta genealogía se tomaba en serio; era como "una verdadera forma de conciencia étnica" – y anotaba Seznec que "el testimonio más antiguo de esta leyenda se halla en la *Crónica de Fredegario*; el *Liber Historiae Francorum* incorpora elementos nuevos" –. Los diarios apócrifos del sitio de Troya por el "cretense" Dictys y el "frigio" Dares, populares desde la decadencia griega, habían contribuido mucho a acreditarla: redactados con una aparente exactitud documental, laicizaban por así decirlo lo maravilloso antiguo y lo pintaban con los colores de la historia; estas actas de los dioses y los héroes los mostraban bajo un aspecto tal que se volvían más históricos que Carlomagno, Roldán u. Oliver [...] Pero, aún así humanizados y acercados hasta el punto de convertirse en antepasados verosímiles, mantenían su prestigio mitológico: quienes les reclamaban como parientes, en nombre de la historia, podían jactarse de un origen sobrenatural. El Troyano Eneas, "de Romani il gentil seme" ("semilla gentil de los Romanos") (Dante, *Inf.* XXVI, 60) ¿no había acaso impreso a toda la raza de sus descendientes un sello casi divino?" (p. 24).
- 11 V. Seznec, *op. cit.*, pp. 24-25.
- 12 V. Seznec, *op. cit.*, p. 25. Señalemos que Seznec insiste en que el fenómeno extraño de la Edad Media por el cual un pueblo consideraba antepasado a un ser mitológico y le daba la categoría de "progenitor y patrón", se mantuvo en el Renacimiento, adquiriendo rasgos nuevos. "La leyenda de los orígenes troyanos de los Francos fue explotada [...] por Jean Lemaire des Belges, en sus *Illustrations de Gaules et Singularités de Troie*; y la popularidad de las *Illustrations* fue inmensa. Y es que "la mayor parte de las naciones hallaban en ellas, como si fueran archivos, sus más antiguos títulos de nobleza. Los Alemanes y los Franceses monopolizaban el derecho a proclamarse los verdaderos herederos de Héctor; pero los Bretones, los Flamencos, los Escandinavos, los Normandos, los Italianos y los Españoles pretendían también prevalerse de este parentesco que constituía el orgullo de los unos y la ambición de los otros". Lemaire repartía entre ellos, como si fuera un botín, como los nombres de los diferentes héroes troyanos: a los Bretones se les consideraba descendientes de Brutus, primer rey de

Bretaña; a los Españoles de Héspero; a los Italianos de Italus; a los Brabansones de Brabon; a los Toscanos de Tuscus, y a los Borgoñeses del Gran Hércules de Libia" (pp. 28-29).

13 *Op. cit.*, pp. 639-640.

14 *Op. cit.*, p. 309.

15 *Op. cit.*, p. 641.

16 *Op. cit.*, p. 650.

17 *Op. cit.*, p. 653.

18 *Op. cit.*, p. 672.

19 *Op. cit.*, p. 673.

20 *Op. cit.*, p. 674.

21 *Op. cit.*, p. 674.

22 *Op. cit.*, p. 679.

23 *Op. cit.*, p. 653.

24 Por cierto, si dispusiéramos de mayor tiempo que el limitado a la lectura de una ponencia, podríamos remontarnos y estudiar el tratamiento de estas figuras legendarias en la literatura española anterior, en relación con el *Belianis de Grecia*. Las crónicas, las *Sumas de Historia Troyana* de Leomarte; el romancero fundamentalmente, brindan imágenes que, sin duda, gravitaron en la imaginación creadora de Jerónimo Fernández. Pero, ello es motivo de otro asedio a nuestro texto.